

LO QUE TOMAS DECIDIÓ

Por *MILDRED E. McCONNEL*

LA MAMÁ había muerto.

Tomás, con un nudo a la garganta, trató de sobreponerse a su dolor y hacer frente a la realidad de lo que había ocurrido.

Algunas vecinas se encontraban en la casa de campo, de madera, haciendo algunas cosas que había que hacer. El papá había ido al galpón con los hombres, y Tomás podía oír el sonido de los martillos.

Sus hermanitos estaban en cama en la habitación de arriba, pero oyó que todavía lloraban. Se dio cuenta que debía ir a consolarlos lo mejor que pudiera. Pero, ¿qué puede uno decirles a siete niños, menores de diez años, que acaban de perder a su mamá?

Tomás recordó algunas de las cosas que su madre a menudo les leía de la Biblia, y se quedó donde estaba, mirando las estrellas, hasta que logró sentirse un poco más aliviado. Luego entró en la cocina y subió al altillo. Levantando al bebé en los brazos le cantó suavemente hasta que quedó dormido. Entonces lo acostó en la cama entre María y Elisa que acababan de dormirse. Luego arropó bien a Raquel y a Elena. Entonces se acostó con Juan y el pequeño Elbio. Finalmente, abrazándolo a Elbio y con Juan acurrucado contra su espalda, todos se durmieron. El día siguiente fue una pesadilla, pero por fin terminó el funeral. Pero cuando vio a su tía Carolina que se iba en su carruaje llevándose al bebé y a Elenita, se dio cuenta de que lo peor estaba todavía por delante. Uno por uno vio partir a sus hermanos y hermanas que iban llorando, para ir a vivir en hogares separados. Los familiares pensaban que no sería conveniente dejar a los pequeños en la casita al cuidado de un padre afligido y aturdido y de un muchacho de sólo trece años.

Ese día, cuando oscureció, no había en la casita nadie más que Tomás y su padre.

Cuando uno saca de una casa a siete niños vivarachos y a la madre, no queda en ella mucho de hogar. En las semanas que siguieron Tomás lució varonilmente con los deberes domésticos que ahora le tocaban en suerte. Aprendió a hacer pan de maíz, panqueques, estofados y otras comidas sencillas que eran platos diarios. El papá encomiaba sus esfuerzos en el arte culinario, pero en lo que Tomás realmente se destacaba era en la limpieza.

Le gustaba estar limpio, y pronto aprendió a lavar las ropas con el jabón casero hasta que quedaban bien limpias, y luego las extendía sobre los arbustos para que se secaran. El piso de la casita también recibía su porción de jabón y agua caliente una vez por semana. Hizo muchos viajes hasta la casa de la abuelita Weeks, como la llamaban, que quedaba a casi un kilómetro de distancia, porque quería aprender muchas cosas que esa buena señora le enseñaba. Cuando, dirigido por ella, pudo hacer su primera tanda de jabón, se sintió realmente orgulloso. Lo cierto era que no se parecía mucho al que hacía su mamá, pero la abuelita Weeks le aseguró que igual lavaría bien.

Leía a menudo la Biblia de la mamá y recibía mucho consuelo de las hermosas promesas que allí encontraba. Lo que más lo afligía era que con cada día que transcurría la casita parecía más vacía. Nunca había pensado que el silencio podía aturdir tanto. Finalmente la situación se le volvió insoportable, y le preguntó al padre cuándo podrían reunir a todos los niños para pasar un domingo juntos. El rostro del padre se iluminó cuando pensó en ese plan.

Durante los días subsiguientes, Tomás se deshizo en preparativos. La casa debía estar limpia, por todos los rincones y escondrijos, y debía haber suficiente alimento preparado de modo que pudiera quedar libre y disfrutar de la compañía de sus hermanitos.

-Mejor que mañana salgas temprano -le dijo bondadosamente el padre la noche anterior al día grande-



La casa de la tía Carolina queda bastante lejos. De mañana, ordeñaré en tu lugar.

De modo que al día siguiente, antes del amanecer, ¡Tomás ya estaba con su viejo carro en la huella congelada del camino!. Había llenado la caja del carro con paja, debajo de la cual había puesto ladrillos calentados en el fuego del hogar. Y todo eso lo había cubierto con una manta de búfalo bastante apolillada, pero que todavía abrigaba.

Cuando salió el sol y comenzó a entibiarse el aire helado, Tomás se dio cuenta de que era el muchacho más feliz del mundo. Se habían enviado mensajes a las diferentes casas de manera que los niños estarían listos, y esperando su llegada. Se detuvo primero para levantar a Raquel, y no pudo menos que notar que estaba delgada y que la piel de sus manitas estaba enrojecida e irritada. Aunque sólo tenía nueve años era una buena niñera. Tomás estaba seguro de que ésa era la razón por la cual la había llevado la Sra. Blanco. Indignado, razonó que Raquel estaría mucho mejor en su propia casa.

En la siguiente parada, al final de la entrada los estaba esperando Juan, quien corrió a su encuentro. Al llegar a la casa de la tía Carolina, Tomás y Juan entraron para llevar al carro al bebé y a Elenita. La tía Carolina se quejó de que no le obedecían y que lloraban mucho. Sin embargo sus rostros brillaban de alegría mientras Tomás y Raquel los llevaban al carro y Tomás casi no pudo retener las lágrimas cuando Elenita se le colgó del cuello como si no lo fuera a soltar más.

Cuando recogió al último de sus hermanitos y lo tapó con la manta de búfalo, Tomás se dirigió directamente a su casa. Los caballos marcharon a paso vivo, y los chicos reían y gritaban de puro gozo. Ese día un grupo muy feliz rodeó la mesa. Fuera de duda la comida era sencilla y estaba mal preparada, pero tanto Tomás como el papá y los niños tenían la certeza de que nunca antes habían gustado una comida tan rica como ésa. Después del almuerzo, el bebé se durmió en los brazos del papá, y Tomás llevó a los demás al galpón para que vieran los gatitos recién nacidos y el ternero de la Baya. Luego jugó con ellos a las escondidas, y cuando volvió a la casita encontró al papá, todavía con el bebé en los brazos, medio dormido delante del fuego.

-Papá -dijo, y se sorprendió ante la firmeza de su propia voz-, no podemos mandarlos de vuelta; es imposible.

-Yo no quiero hacerlo -dijo el papá restregándose los ojos con su mano áspera-. Pero tú debes hacer la decisión, porque la carga más pesada recaerá sobre tus hombros.

-Entonces no se irán -afirmó Tomás-. .Raquel me ayudará, y no me importa lo demás del trabajo extra. Eso es mejor que estar aquí solos.

Comenzó a nevar y los niños entraron tropezando en la habitación, con las mejillas sonrosadas y los pies cansados de jugar. Cuando comenzó a oscurecer se fueron quedando callados. Finalmente fue Elisita quien se aproximó al papá y, colocando una de sus manitas sobre la suya, áspera por el trabajo, hizo la pregunta que estaba en los ojos de todos los niños.

-¿Cuándo tenemos que volver, papá?

-No tendrán que volver -le dijo el papá un poco ásperamente, tratando de ocultar la emoción que casi lo traicionaba.

-Entonces ¡podemos quedarnos en casa para siempre, y siempre! -exclamó Elisa alborozada.

- ¡Para siempre, y siempre! -exclamó el papá y las lágrimas comenzaron a correrle por las mejillas al par que los reunía a todos en un enorme abrazo.

Después de que el último había sido arrojado en su cama, Tomás levantó sus ojos hacia el cielo estrellado. Había dejado de nevar y las estrellas brillaban como siempre.

"Gracias, Señor -dijo suavemente-. Gracias por haberlos traído de vuelta a casa".